

# claridad

AÑO VIII

SANTIAGO, 22 DE AGOSTO DE 1931

NUM. 136

## CUIDADO CON NOSOTROS!

Mucho cuidado con nosotros.

Somos la disciplina, somos la fuerza organizada y militante, en bloque tan compacto que a una sola voz nos movilizamos como un enorme y gigantesco cuerpo vivo.

Un engendro paleontológico, un mamuth, cien mamuths no destruirían al embestir lo que la más mínima fracción de nuestros hombres en acción puede arrasar, descuajar, borrar del mundo orgánico.

El más grande rebaño apocalíptico no se compara a una división nuestra en movimiento, con sus gallardetes al aire, mientras el viento recio de los tambores atruena el ámbito con su algarada demoníaca, que invita, que arrastra, que obliga a matar.

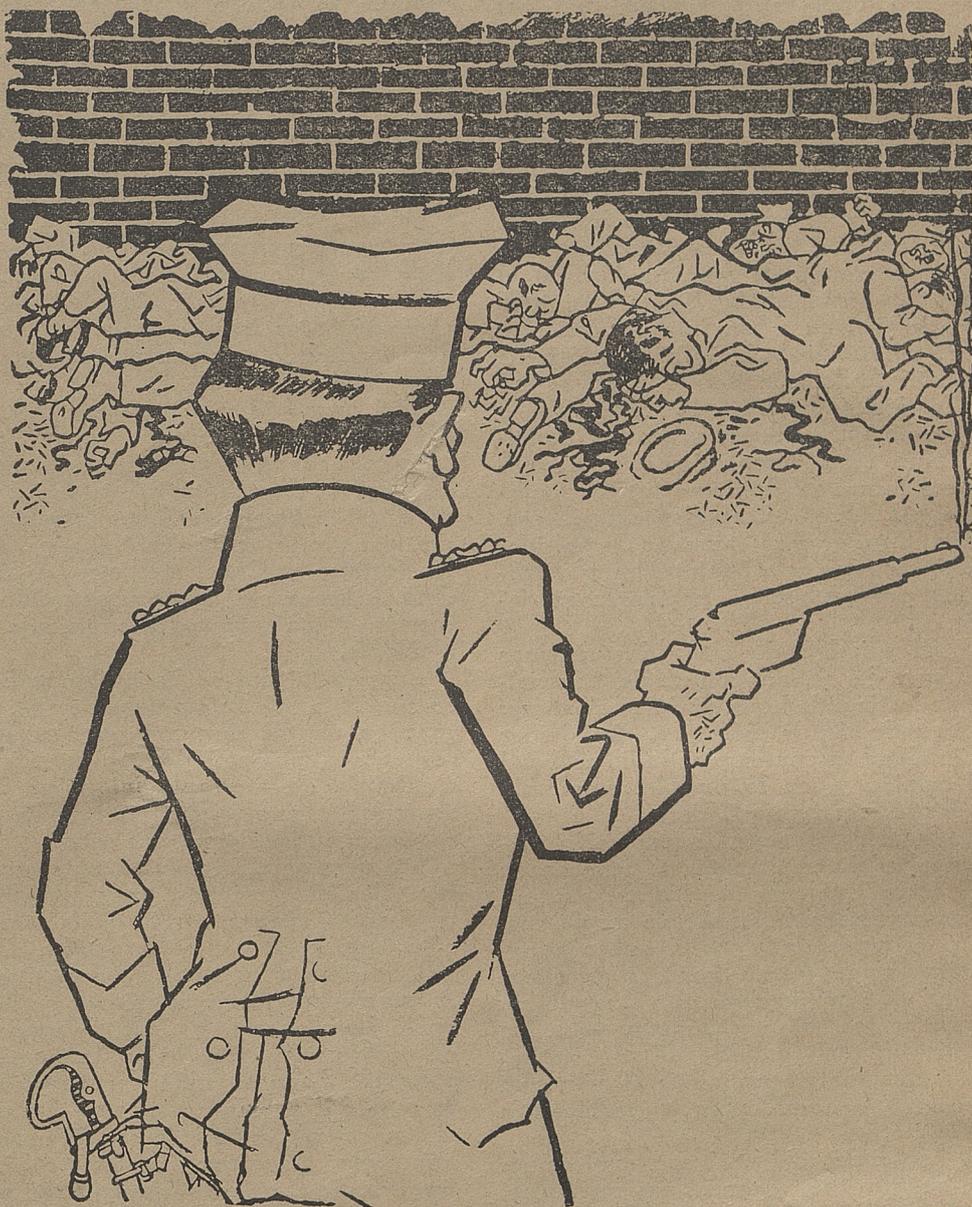
Ninguno de nosotros se pertenece. Como el hueso de una fruta, hemos sacado del fondo de nosotros mismos esa cosa blanca que nos dieran nuestras madres con la vida y que nos relacionaban con el resto de los hombres, familia, hermanos compatriotas, y de esta suerte no somos ahora más que el anónimo componente de un todo terrible y poderoso, cuya respiración hace estremecer al país. Ningún vínculo nos une a las otras gentes. Nos está prohibido atender ninguna consideración de orden social o humano, por propia iniciativa, cualquiera que ella sea. No podemos detenernos ante nada, mientras no se nos mande detenernos. Somos una fuerza esencialmente obediente.

Es preciso ver cómo funciona este sistema! Desde la última ruedecilla infinitesimal hasta la primera en importancia, desde el soldado hasta el general, como el mecanismo isócrono de un reloj monstruoso, anda y vive.

Nada sobra aquí, nada hace falta tampoco, como nada le sobra ni le falta a la boa, al tigre, al cocodrilo, a los animales de presa hechos por naturaleza para un fin violento, de superación dentro de su medio, de dominio y exterminio.

También como a ellos nos es grato contemplar nuestros miembros en reposo, sintiendo la palpación vital del organismo en su monótona trepidación, seguros de que en un momento dado ese cuerpo magnífico que dormita entre brillantes escamas, puede erizarse en armas, lleno de violencia combativa, pararse y acometer.

Para esto es necesario, eso sí, que algo nos obligue a ello. Una piedrecilla que hiere el vientre donde un animal salvaje duerme su siesta digestiva, no alcanza a turbar su pasividad, aunque le ponga de mal humor. Para el asalto es necesario una injuria de azagaya, un flechazo de mano firme, o mejor aún, el pataleo en la espesura de un buen



bocado, que solivante de súbito el instinto de caza que hay en él. Ante un estacazo, nosotros también nos erguimos furibundos, con la rapidez de un engranaje perfecto, dispuestos a la acción; lo hemos probado bien. Del mismo modo obraríamos al percibir que camina a nuestro alcance la apetitosa cena y se nos va de las manos.

¿Cómo podría lucharse con nosotros?

Fusiles alemanes, tanques americanos, aviones ingleses, ametralladoras y hombres por mazorcas tenemos. Pero todo esto es nada ante la conciencia de que lo tenemos. Nos hemos dado cuenta de nuestro poder y ésta es nuestra mayor fuerza.

Antes era igual, pero los hábitos eran bien distintos. Entrábamos de jóvenes a las filas. Para las fiestas patrias dábamos una vuelta con músicas y carros por las ciudades, y luego a guardarse.

Pero nos dijeron que también nos era posible pensar, que podíamos mandar la casa y que teníamos la nobleza del león en un rebaño de conejos. Esta era la más estricta verdad. Ante la cobardía miserable de todos, hicimos del Estado un saco, viajamos como reyes, vivimos como millonarios, servidos por todos como dioses africanos. No es fácil olvidar tan bellos días!

Por fortuna ya podemos pensar, imponer nuestra voluntad a cualquiera hora. ¿Quién puede más que nosotros? Sabemos que no existe quien, lo demás no nos importa; para qué habíamos de embrollarnos la rapada cabeza pensando en los demás. Nos basta saber que de un golpe tendremos lo que queremos—nuestro mayor esfuerzo será querer y siempre queremos.—Sólo que ahora no hay un mal hueso que roer en la Moneda. Oh! esperaremos que haya, y entonces...

¡Mantengan cuidado con nosotros!

Precio: 40 centavos

Gaspar Ruiz.

Dr. Juan Garafulic D.

## GLOSAS DEL MOMENTO

Creciente ebullición interna, ruina económica con falta casi absoluta de orientación resolutive, ejemplos liberadores de naciones extranjeras y repercusión directa de trastornos mundiales, han producido en Chile un estado de tensión que ha llevado a la colectividad a romper una forma de Gobierno ideológica, represora, oportunista y desprovista del más elemental sentido político y, puesto además en trance de reorganizar su sendero actual e histórico.

Es complejo el problema de Estado que se les presenta a los ciudadanos de cualquier país en reorganización, porque junto con seguir el ritmo de vida que todo pueblo lleva, por el solo hecho de existir, necesita por la circunstancia misma de su estado de revisión, "buscar el acento", como diría Keyserling, que debe imprimirle a ese ritmo. El acento, en este caso, sería la forma política de dirección a la que deben sujetarse las posibilidades prácticas, asimilándose, o bien a un plan integral urgente y definido, para cuyo cumplimiento es necesaria una forma de Gobierno fuerte y constante, no sujeta a cambios caprichosos, o bien a programas llamados de partido, sujetos a revisiones temporales y vitalizados por plebiscitos populares mudables.

El primero de estos dos sistemas políticos de acción contempla esencialmente la finalidad que se desea alcanzar; el segundo tiende más bien, sin olvidar la finalidad, a contemplar la comodidad del camino y, en lo posible, efectuarlo en forma contemporizadora.

El primero, del cual es expresión máxima el régimen comunista, tiene en su aplicación estigmas de dureza, ruptura de gran número de ancestrales prejuicios, falta de actualidad, o sea, que contemporáneamente no le importa sacrificar una o dos generaciones en pro de un futuro mejor, y es demoledor—aunque creador en otro sentido—de un gran número de manifestaciones de la actividad humana, que no en todos los pueblos han hecho crisis.

El segundo, del cual son expresiones los pueblos de régimen parlamentario, tienen el inconveniente que en la práctica la regulación de sus actividades y finalidades no se hacen en armonía con la agudeza que toman los problemas por resolver, lo que trae como consecuencia estados de crisis que llevan a soluciones extremas, no siempre felices.

En líneas generales, las Dictaduras, en estos últimos países, no son sino la consecuencia de detención frente al paisaje, con olvido de las realidades del camino. Y si bien, en más de una ocasión, las Dictaduras han obrado verdaderos milagros, en no pocas han acelerado la caída en un despeñadero. ¡Esto último es lo que ha sucedido en Chile! Y lo dramático de la situación a que se ha llegado es que todos los problemas retrasados que la dictadura presuntuosamente pretendió solucionar en Chile, no han hecho otra cosa, con el paso de los años y el cúmulo de nuevos factores, que intensificarse y hacer más difícil y heroica la posibilidad de resolverlos.

Desde 1920, más o menos, Chile necesitaba una reorganización que armonizara su marcha histórica a sus realidades y posibilidades de desarrollo y al rol que, pese a su lejanía y relativa insignifican-

cia, debe jugar en el consorcio internacional. Su reorganización, entonces, debía ser llevada, tanto a su mecanismo económico, como al político y al social. La aparición de Alessandri aceleró el ritmo de presentación del problema, desde el punto de vista ideológico y social, pero fué nulo en el terreno de la aplicación de lo teórico a las realizaciones prácticas, por desconocimiento y torpeza en el manejo de las nuevas armas de trabajo político. Hubo, por la fuerza de las circunstancias, de ceder su puesto a Ibáñez, quien—jefe de una fuerza organizada y personalización momentánea de una esperanza de rápida y eficaz acción—eligió un arma poderosa, pero de manejo peligroso y siempre fatal en manos inexpertas: la dictadura, o sea la concentración en una voluntad y bajo una dirección, de todos los problemas por resolver, asumiendo también una entera responsabilidad.

Una dictadura, en su esencia, entraña conservar y fortalecer un orden y utilizarlo para conseguir un fin ideológico preestablecido. Dictadura fué la de Lenin, es la de Stalin, la de Kemal-Paschá; en cierto modo la de Poincaré el año 27, la de Portales en Chile, etc., etc. La dictadura, entonces, es una concentración de fuerzas en una voluntad al servicio de una ideología.

Cuando la idea se ha hecho realidad en marcha, la dictadura debe desaparecer so pena de transformarse en tiranía, o sea, concentración de poder al servicio de sí mismo o de intereses particulares; conservación y reforzamiento de un orden, sin finalidad ideológica que servir.

Por desgracia, hay dictaduras que sólo son tales en su génesis, transformándose en tiranías apenas terminada la incubación. Esto es lo que ha pasado en Chile.

Conforme a las causas que motivaron su engendro y al mecanismo de su desarrollo embrionario en Chile, la aparición de una dictadura llegaba en un momento propicio, y con seguridad provechosa, si su actividad hubiera tomado en cuenta la circunstancia básica e imprescindible de armonizar, organizar y acelerar el ritmo que llevaba el desenvolvimiento del país. Más claro: hacer práctica la teoría alessandrista, llenar los huecos teóricos que esta misma teoría no había podido o alcanzado a formular y tratar también de darle aplicación práctica.

La de Alessandri, era una ideología de tendencia socialista, libre-pensadora y cooperativista, tanto desde el punto de vista nacional, como internacional.

Como proyección histórica tenía reminiscencias del ideal Bolivariano y como solución actual era un eslabón intermedio, aunque tímido, entre el capitalismo que se desearía socializar—con el objeto de evitar la dictadura del proletariado—y el franco socialismo de Estado.

Por sus premisas iniciales, la dictadura chilena—a pesar del intenso e inmediato recelo que a las mentalidades pensantes les produjo el grupo social que tomó a su cargo la dirección—mostraba sentir y aspiraba a realizar siquiera algunos puntos inmediatos de la tarea por cumplir. Desgraciadamente, muy pronto, por incapacidad mental, por caer en manos de estadistas improvisados y por un sentido obtuso de la aplicación de la fuerza, la dictadura se transformó en ti-

ranía. Tanto el jefe como los que le rodearon, perdieron el sentido del movimiento, hicieron del orden una megalómana finalidad, y, lo que es más grave, empezaron a dictar soluciones basadas en principios ideológicos discordantes, cuando no francamente opuestos. Por un lado se dictaban leyes sociales avanzadas, y por el otro se fortalecía al capitalismo, sobre todo al extranjero, en forma, más que ruinoso, esclavizante. En un campo se trataba de dar formas educacionales laicas y basadas en concepciones ideológicas y pedagógicas modernísimas, y en otro se dejaba tomar al clero una influencia, extensión de dominios e ingerencia principalísimos; actitud especial del Gobierno era propagar el orden, dedicación y entusiasmo al trabajo de los ciudadanos, y por otro lado el capricho de las designaciones, los organismos en continua reorganización, y los cambios vertiginosos de finalidades, no hacían otra cosa que desorientar a los individuos, hacerlos perder la confianza en sí mismos y les enseñaba a medrar lo más intensa y rápidamente posible, para "aprovechar la racha". Y así numerosos ejemplos.

En todas las actividades del país la tiranía, con mano segura e infalible, fué sumando errores y, lo que es más trascendente, preparando campos para intensas luchas ulteriores, luchas ideológicas, sociales, políticas, religiosas, etc.

Lo que ensombrece más el cuadro, es que la tiranía tiene a su haber una adquisición importante, que históricamente puede salvarla, pero que en los momentos actuales no hace sino agravar los problemas que hay que resolver. Me refiero al ritmo de velocidad que ha llegado a imprimirle a la vida chilena, con el que problemas y soluciones han adquirido también mayor prestancia en su presentación y agudeza.

Creo innecesario demostrar la aseveración anterior. Todos la palpamos, todos sentimos que caminamos más ligero, que tenemos que pensar y actuar más rápidamente, que todo debe hacerse a mayor velocidad, como si una fuerza interior nos empujara y como si el medio ciudadano (edificios, caminos, tránsito, expansión de las ciudades, radio, población, etc., etc.) nos lo obligara físicamente.

Este acrecentamiento de velocidad vital, repercusión espiritual, tanto de la obra simplemente materialista de Ibáñez, como de la sub-consciente sensación de los problemas y de la angustia económica, es una adquisición importante; pero, como se ha dicho, peligrosa, porque en los momentos actuales que vive el país—momentos que debieran ser de serenidad, quietud y ecuanimidad—la velocidad es una causa más de trastornos que hay que agregar a las ya esbozadas.

En resumen, si quisiéramos dar una idea de conjunto sobre la posición de Chile ante sí mismo, podríamos decir que nos encontramos de nuevo, frente a los problemas del año 20, con preponderancia del problema económico, en condiciones generales agravadas y, el todo, puesto en un ritmo rápido de desenvolvimiento y necesidad de solución.

Sin embargo, no todas han de ser circunstancias negativas, sumadas al carro de destrozos de la tiranía. Esta, como toda actividad vital que ha persistido durante un tiempo en un medio social, sirve de punto de reparo no solamente a los acontecimientos que la han motivado, o que ha motivado, sino que también aquellos otros desarrollados a su la-

do, independientemente o a pesar de ella. Porque es necesario recordar que, no obstante todas las transformaciones que puedan producir uno o varios gobernantes, sea en forma dictatorial o democrática, los pueblos tienen una especie de mecanismo íntimo de desenvolvimiento y regulación que, a la larga, sólo es captada por los sociólogos e historiadores; pero que, en tiempo presente, sólo puede ser presumida o genialmente *intuida*.

Esos acontecimientos, independientes a los gobernantes, son los que, sumándose, hacen que los problemas nacionales que hay que resolver—agravados en Chile por los factores ya vistos—encuentran cambiada la actitud de los ciudadanos hacia ellos.

Me explico: en el fondo, los problemas no han variado, aunque sí, se han agudizado; pero, como en la solución, al mismo tiempo que ellos, deben ser considerados los que tienen que resolverlos, vemos que es el factor hombre o ciudadano, el que debe a su vez ser estudiado para analizar sus cambios de posición.

En este camino, actualmente vemos en Chile el curioso caso—para felicidad—de que la gravedad de los problemas pierden mucho su calidad de tal, porque la masa ciudadana, en general, se halla más apta para resolverlo en forma armónica; la génesis de los movimientos de Julio, el estupendo sentido de cooperación y comprensión de que ha dado pruebas la sociedad en estos días; la nivelación de la mayoría de los ciudadanos ante la crisis; su unión obligada en actitud instintiva de defensa frente al militarismo que puede retornar; la convicción de que antes está la libertad política y económica del país que el triunfo de corrientes unilaterales; la concentración (paliadora desde el punto de vista de la lucha de clases) del encono popular contra políticos y gestores de uniforme y, por sobre todo, vemos una imperceptible, aunque segura, socialización espiritual de las clases intelectuales, pudientes y profesionales que se hallan psicológicamente preparadas para cambios estructurales, tanto en el orden social como económico; cambios que, hace diez años, habrían repudiado indignadas.

De Oscar Alvarez Andrews.

## Libertad útil y libertad inútil

Pasados los primeros instantes de justificada alegría y expansión por la caída del régimen de la dictadura militar, caída que se debió exclusivamente a la acción de la juventud universitaria,—puesto que la acción de los profesionales y de los empleados y obreros fué sólo una consecuencia de la primera,—cabe analizar con serenidad la situación del momento.

¿Qué hemos ganado, qué ha ganado la juventud universitaria con la libertad? ¿Qué programa, qué orientación tuvo el movimiento estudiantil? ¿En qué ha mejorado la situación de las clases productoras, a las cuales pertenece el 60% de los estudiantes, con el cambio de régimen?

No deseo que mis palabras se tomen en un sentido de pesimismo. Al contrario, llegando al fondo del mal, quiero demostrar que la juventud universitaria de hoy no puede prescindir de la necesidad de tener un ideal social definido,

Toda la incompleta y mal desarrollada exposición anterior, en la que se desea hacer resaltar cómo la masa social chilena está más apta para resolver sus problemas generales, tiende a hacer una deducción, de carácter grave en su enunciado y transcendental en sus proyecciones.

Esta deducción, es que la sociedad chilena debe darse cuenta de que, si quiere resolver su destino en forma favorable, necesita unirse, aprovechando las ventajas enunciadas en la persecución de un programa de amplias proyecciones, cuya dirección debe entregarse a **organismos sociales nuevos** y evitar toda causa que destruya esta armonía general y estado psicológico especial.

Es esencial lo dicho en el párrafo anterior, porque ya se ven aparecer causas divisoras y retrógradas con tendencias a hacer volver al país a la antigua psicología reaccional y encastillada. Estas causas,—inconsciente y absurdo retroceso,—capaces de generar una nueva tiranía, si se desarrollan, son la vuelta de los antiguos partidos políticos.

Diariamente estamos viendo en la Prensa, la reaparición de ellos con los mismos nombres, con las mismas anacrónicas facciones, casi con los mismos hombres, con idénticos procedimientos orgánicos.

Reaparecen sacudiendo las alas, como las gallinas después de haber sido pisadas por el gallo.

Esta vuelta, si se hace persistente, indicaría que de nada ha servido la experiencia, y que sus dirigentes, durante estos últimos seis años, han dormido, sin siquiera soñar, vueltos de cara a la pared. Indicaría, además, que el movimiento civil de Julio ha sido el más lastimoso fracaso, y mostraría cómo perdiéndose—por rencillas de partido y casta—la armonía y compenetración de que ha hecho gala el pueblo chileno estas dos semanas, la solución de los problemas vitales de la nación sólo podría hacerse mediante una revolución social. Con ello obtendría un nuevo triunfo la ley del determinismo histórico; pero Chile perdería una ocasión única, presentada en tan buenas condiciones a un pueblo de la tierra, de mostrar que es posible el cambio económico y social mediante luchas—que fatalmente deben producirse—lo menos dolorosas posibles.

y de que todos y cada uno de sus pasos debe tener una razón de ser. No se me diga que la juventud es por su naturaleza impulsiva y no reflexiva. Los grandes movimientos sociales contemporáneos se hacen con la cooperación efectiva, no sólo de la juventud universitaria, sino de las muchachadas de las escuelas y liceos. El dinamismo juvenil, puesto al servicio de un **ideal social**, es lo que ha permitido la conservación del fascismo en Italia y del comunismo en Rusia; es lo que ha permitido la reforma educacional en Argentina y la política obrerista en México y en el Perú, en donde el candidato a la Presidencia de la República es un representante de la juventud: Raúl Haya de la Torre.

La juventud puede, pues, ser constructiva; más aún, debe ser siempre constructiva.

Es hermoso ser libres. Pero de nada sirve la libertad de un hombre desnudo

y sin herramientas en una pampa de granito. Su libertad sólo le serviría para escoger el sitio donde habría de morir-se de hambre y de frío. Las loas a la libertad han sido siempre el patrimonio del liberalismo romántico e individualista del siglo XIX, que hoy, vistiéndose con las ropas de la juventud, se cree el héroe de las jornadas de julio.

Y porque yo sé que la juventud luchó y triunfó sin partido determinado, sino que siguiendo sus impulsos subconscientes de clase, contra la oligarquía militar, es que protesto y digo que ningún partido político chileno tiene derecho a atribuirse la tutela espiritual de los muchachos, porque, al luchar por la libertad, la juventud luchó contra todas las oligarquías, sean militaristas, sean civilistas.

Hizo falta a la juventud un programa mínimo de acción. Pero ese programa es tiempo aún de cristalizarlo, al margen de todas las políticas.

La juventud es impulsiva. Siente. No reflexiona. Pero sólo puede sentirse aquello de que está saturado el ambiente exterior o que reside en las raíces profundas del subconsciente colectivo. Y "eso" que llena como el éter, tanto los espacios exteriores interastrales, como los espacios interiores interatómicos, es la realidad social, la realidad económica, que agita al mundo entero con los espasmos de un régimen que cae, de una Sociedad Nueva que surge a la vida.

Si la libertad conquistada por la juventud hubiera sido sólo la libertad política y sentimental, se **habría luchado por una palabra inútil**. Pero, porque creo que la libertad conquistada al precio de la sangre fué la libertad integral, o sea, la libertad económica, o derecho de todos los ciudadanos a la vida y al trabajo, y la libertad espiritual o derecho de todos los ciudadanos a la cultura libre y no a la de programas políticos, es por lo que digo que la revolución del 26 de julio dió al pueblo de Chile, no sólo la libertad política superficial, sino la libertad económica y espiritual profunda, que jamás se había puesto en ningún programa revolucionario.

La juventud universitaria ha hecho, quizás sin quererlo conscientemente, la revolución social más profunda de América.

Y contesto ahora las preguntas.

¿Qué hemos ganado con la libertad?

NADA, si vuelven al poder las oligarquías políticas tradicionalistas y huecas de antes de 1924.

TODO, si el poder pasa a fuerzas espirituales nuevas, que pasando por sobre todos los prejuicios e intereses creados coloquen a Chile en el terreno de las realidades económicas y luchan en ese solo terreno por la **conquista del porvenir**.

¿Qué orientación tuvo el movimiento estudiantil?

Una orientación estúpida, si se limitó a derrocar una dictadura militar, para entronizar una dictadura de partidos o sectas burguesas.

Una orientación grandiosa, si al luchar por la libertad, luchó contra todos los vicios de las oligarquías capitalistas, militares y civiles que han ido entregando el país al capitalismo extranjero.

¿En qué ha mejorado la situación de las clases productoras?

En nada, si siguen aplicándose los mismos principios económicos de liberalismo.

En todo, si el alba del 26 de julio saludó a una nueva conciencia política nacional, junto a una nueva conciencia económica nacional.

Oscar ALVAREZ ANDREWS.

## DEFENSA DE SCHWEITZER

Los acápites que siguen pertenecen al discurso que D. Carlos Vicuña Fuentes pronunció en 1924 a raíz de la impúdica deportación de Schweitzer, represión primitiva que los soldados multiplicarían después para defenderse del espíritu.

Tienen estas palabras, aparte de su varonil entereza, un certero soplo profético ya que esbozan con admirable clarividencia la "huelga civil republicana" que siete años más tarde tumbaría la ciega máquina militar que simiescamente pretendía ser gobierno.

El discurso íntegro, de donde entresacamos estas palabras de fuego, fué publicado por "Claridad" en Noviembre de 1924, en plena dictadura y en circunstancias que nuestros "intelectuales" comulgaban con la casaca con el mismo fervor con que ahora último la desprecian. Les affaires sont les affaires!

Los hombres de espíritu y de ideales no son peligrosos sino para los malvados y criminales, que temen con razón que la palabra de los apóstoles acelere su caída inevitable.

Hombres peligrosos son los militares: están armados y lo que es peor, dispuestos a sacar el sable para imponer su voluntad, la cual sólo prospera por el miedo que infunden en las masas populares. Prueba de que son peligrosos los vemos en la destrucción de toda nuestra vida republicana, Presidente, Congreso, Tribunales, prensa, libertad, desmoronada al menor ruido de sus sables amenazantes.

Y no se extrañe que se hayan desmoronado y disgregado esas fuerzas espirituales, porque la fuerza ciega nada respeta y a su paso furibundo y desatado no puede resistir la fuerza moral.

Pero ella no muere: revivirá, se organizará y tendrá a su servicio nuevas fuerzas físicas que substituyan a las que fueron infieles, y entonces éstas, faltas de razón y de justicia, serán precipitadas a su turno por las fuerzas populares renovadas.

Pero no solamente es falso este hecho de la conspiración, sino que él es absurdo y falto de toda lógica formal.

Los únicos que pueden conspirar y han conspirado efectivamente son los militares. Basta fué su conspiración y de resultados patentes y reales.

Los civiles no podemos conspirar porque la conspiración supone el concierto secreto de los jefes para una insurrección, y los civiles no tenemos soldados que nos obedezcan ciegamente, por razón de simple disciplina, como los militares. Dos son los tipos fundamentales de revuelta armada: la conspiración y la asonada o rebelión popular.

La primera es del tipo militar: para ella basta el concierto de los jefes, el acuer-

do privado y secreto de los conjurados; para la segunda se necesita el alzamiento en masa, pública e irresistible, del pueblo entero; el cual no obedece por disciplina sino que es colectivamente arrasado por convicción y por sentimiento.

Los civiles no tenemos soldados que nos obedezcan; si estamos descontentos con la tiranía y queremos reemplazarla violentamente, no nos queda otro camino que la rebelión abierta y franca, la cual no puede hacerse sin el estremecimiento social, sin la onda psicológica, sin la pasión popular exacerbada por la tiranía, por la injusticia o la miseria.

Y estas rebeliones públicas, que serán seguramente las que acaben con el régimen militar si este no abandona su política de tiranía y de engaños, son incontenibles, como todo movimiento verdaderamente social.

Cuando la medida esté colmada, cuando el cansancio agobie a los hombres, cuando el descontento los una a todos, cuando la miseria y la injusticia los abrumen, el pueblo se alzarán en grandes masas y será incontenible. Ni armas necesitará porque entonces los martillos, los chuzos, las palas, los palos, las piedras servirán de armas suficientes y el temor solamente bastará para que los militares vuelvan a sus cuarteles de donde no debieron haber salido nunca a destruir las instituciones de la Patria.

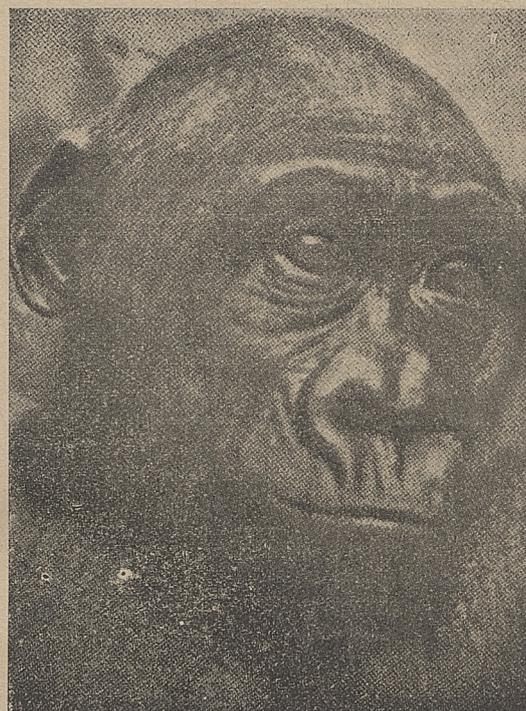
Y ni aun esas armas serán necesarias: bastará la huelga civil republicana, un paro general de todas las actividades, de los Tribunales, oficinas, comercio, industria, agricultura y minas, bastarán los brazos caídos, la pasividad formidable de la gente libre, que se niegue a la servidumbre infame para que los militares abandonen el gobierno de una máquina social cuyos delicados resortes de seguridad, de libertad y de justicia, no saben manejar.

Dijo Ud. que los civiles habían entrampado al país y que Ud. juraba reaccionar. Dada su enemistad con las sutilezas del idioma, veamos qué entendía por reacción.

Desde que alboró la República hasta el Presidente Alessandri, Chile se endeudó en 1,300 millones de pesos. Sobrevino Ud. y, en el curso de su cesárea presidencia, la deuda saltó a 4,500 millones. O sea, en sesenta meses Ud. la hizo inflarse en 3,200 millones. Sus más fieros adversarios no podrán negarle que algo progresó bajo su puño.

Entre tanto, Ud., que nunca supo más que de manejo de sables, arreos y caracoles, se obstinó en gobernar a un pueblo que nada le había hecho.

Hizo galopar sobre la administración a sus mejores soldados. Pero si todos hicieron fortuna, ninguno la tuvo para administrar. Es que Ud. no sabía, magnífico soldado, que si basta un año para



militarizar a un civil, es breve una vida para civilizar a un militar.

Pero esto no es todo. Siguiendo los imperativos del espíritu de cuerpo, entró a bayoneta calada en la cultura. Deshizo la educación. Silenció a la prensa. Introdujo la delación. Aventó a los hombres libres. Cargó entigrecido sobre las bibliotecas e imprentas. Y, por último, se compró un periódico con conciencias y todo.

Después de tantos ímpetus atávicos, caracoleó su caballo sobre el país para recoger aplausos. Y lo sintió en silencio.

Mas, se encaprichó en tenerlos. Adquirió un Congreso Nacional en baratura y acuarteló a su servidumbre en un nuevo partido político. Y tuvo entonces a sus plantas el tamborileo embriagador de los vítores a tanto la hora.

Junto con este ruido oneroso, tuvo todas las leyes que fué menester para su regalo. Leyes para reprimir, para apalear, para succionar. Tuvo leyes de sobra porque es fácil legalizar cualquier cosa. Lo difícil es legitimarlas.

Durante cinco años se mantuvo sobre sus botas a fuerza de imposturas. Mintió, mintió y mintió.

Pero si Ud. pudo cegar a algunos hombres encanecidos con el fuego fatuo de su oro, no consiguió reducir a la juventud.

¡Con qué bravura castigó Ud. su clarividencia! Muchos conocieron nuevos cielos por mandato suyo. Por igual causa, otros dejaron de ver el cielo. Eran trámites fatales. Bajo su gobierno, quien

## Carta al Dictador

General:

Chile ha tenido Presidentes que han finalizado su mandato de modos diversos. Por término constitucional, por muerte natural, por suicidio caballeresco, por deportación, etc.

Ninguno por huida.

Ud. es el primer Presidente prófugo con que cuenta nuestra historia, tan carente de novedades.

Ello se explica como una culminación de su anhelo—nunca malogrado—de diferenciarse en todo de sus antecesores. De sus honorables antecesores.

Por dicha razón, esta carta, en vez de serle dirigida al recinto murado en donde debió concluir sus días, es perentorio que trasponga las fronteras para ir a buscarlo al hotel en donde hace sus digestiones crepitantes.

No le vamos a exigir, General, que

reflexione en lo que significó para Chile el tintineo de sus pies en las baldosas del palacio de la Moneda. Tengamos cordura para las exigencias. Queremos sólo que evoque al galope la presidencia que nos infligió durante cinco años.

Para los chilenos fué Ud. más asolador que un cataclismo, más dañino que una epidemia. Las plagas no son tan inhumanas. Un terremoto derrumba casas, una peste mutila existencias. Pero ninguno de estos azotes deja la patria espiritual en ruinas.

Ud. tomó para sí la primera magistratura en nombre de la honestidad. Conviene advertirle, General, que los diccionarios definen la honestidad como "virtud de decencia y moderación". Es probable que Ud. se sorprenda un poco al saberlo ahora. Comprendemos. Un soldado no está obligado a deliberar.

amaba con exceso la libertad, terminaba irremisiblemente perdiéndola.

Pero esa juventud que hizo Ud. moler por los cascos de sus caballos y de sus carabineros, fué la que un día lo echó por tierra, certeramente. Hasta su rodada, Ud. ignoraba que esa cosa tan leve e intangible que es el pensamiento, era más poderoso que todas sus baterías y milicias apiñadas.

¡Y qué caída la suya! Cuando vió henchirse la ciudad de corazones hirvientes y de manos indefensas que pedían su dimisión, Ud. se embraveció. Y contestó con carabineros y con una proclama más mortífera aún, en donde ofrecía soberbiamente su vida antes que ceder.

## NUESTRA PALABRA

Aprovechando el revoltijo gubernativo que hace posible la actual libertad de prensa—libertad característica por su aglomeración, profusión y charlatanería liberal—en que los diversos elementos eternamente en pugna adoptan sus viejas posiciones, descubren sus mohosas armas, sacan a la luz sus pintarrajeos de guerra, "Claridad" vuelve al lugar de la libre crítica que ha sido su norma lineal, ajena a intereses personales o de clases.

La Dictadura no ha sido sino el reverso de esa moneda fatídica que llevando por un lado la torva efigie de Ibáñez, por la otra traía ese conjunto dantesco formada por los políticos corrompidos, que esquilmaron igualmente la hacienda pública, llevando al país a la catástrofe total de su forma política, de su derecho privado y del patrimonio del Erario.

Entre el militarismo y los políticos no hay más diferencia que la manera de operar por separado en la consecución de sus beneficios. Actuando unidos forman un conjunto perfectamente organizado que ha sostenido con éxito todos los embates de la suerte. Lo uno es el complemento de lo otro de tal manera que la crisis nacional proviene en su aspecto externo, de la desarmonía de ambos factores, provocada por una dualidad de iniciativa en sus funciones antes perfectamente combinadas. Por separado, ninguna de estas dos entidades representa, sin embargo, el peligro grave y amenazante que significan coordinadas, cuando sus partes están metidas exactamente en un todo de mecánica terrible para la masa. La historia constitucional de Chile las vé talvez por primera vez pelearse de frente la cabeza del Estado, disputarse febrilmente el logro de los negocios públicos, y esto significa que la sociedad actual no goza de buena salud. Como una convulsión indomitable viene de los substratos populares del mundo, subiendo hasta la superficie, la convicción de otros derechos, extrañas certidumbres de sistemas.

Es muy cómodo creer que lo ocurrido entre nosotros es una simple crisis política tanjente a una crisis económica. Un fenómeno de esta naturaleza es un hecho local, de límites conocidos, cuya trayectoria desenvuelve una línea de diagnóstico previsible. Si solo se trata de una crisis económico-política, la manoseada farmacopea liberal tiene ancho campo para emplear sus menjurjes y emplastos, distraendo con trucos de prestidigitador al agotado organismo colectivo. Pueden también volver de nuevo, en un nuevo ensayo, los mismos caciques electorales, ayer no más repudiados por funestos, incapaces y desvergonzados, a "reorganizar el país", "en una hora de prueba para la República". En cambio,

¡Su vida! Cuarenta y ocho horas después, Ud. se fugaba entre las sombras, olvidándose que era Presidente, que era soldado, que era hombre.

General: horas antes de este acto suyo, en cierto servicio público fué descubierto un espía, de los millares que Ud. deslizó entre los hombres honrados. Sus superiores, cumpliendo un simple deber de conciencia, lo despidieron sin más trámite.

Pues bien, ese delator a quien Ud. envileció y a quien remuneraba quizás con un atisbo de desdén, cuando vió a su amo caído, se quitó la vida.

General Ibáñez: hasta ese ser servil fué más hombre que Ud.

Ulises Bertrand.

el planteamiento del problema de orden fundamental con respecto al Estado requiere una conciencia histórica que nuestros pseudo-estadistas no poseen ni remotamente.

La vida moderna ha alcanzado su tope en intensidad y extensidad, complicando su organización, obstáculos imposibles de solucionar por los medios consagrados; la dilatación del sistema capitalista ha llegado a un máximo que sobrepasa la elasticidad de su tejido. El chomage mundial pesa demasiado sobre el equilibrio del orbe para mirarlo sin zozobras, como un accidente vulgar que puede evitarse con remedios vulgares. La sobreproducción monstruosa que congestiona a las naciones, el imperialismo elefantásico de las potencias, llaman a meditar seriamente en el porvenir de la sociedad.

Entre nosotros, no serán, ciertamente, los militares ni los políticos los que han de escuchar el ruido subterráneo, que trae en su entraña un pueblo que busca su sentido propio. Pertenecen ambos a la armazón liberal de un Estado, extraño de veras a la realidad contemporánea.

La exaltación al poder de la Dictadura contó con la colaboración velada o abierta de todas las fuerzas nacionales, con excepción de los sindicatos revolucionarios del proletariado, sin excluir castas ni pelajes, colores políticos ni profesiones. Estuvieron presentes, los partidos, las sociedades obreras, las federaciones de la clase media, los intelectuales, la oligarquía voráz y aprovechadora. Los que no estuvieron allí no fué ciertamente por honestidad republicana—como han aparecido pregonándolo hoy día—sino porque la inesperada voltereta del régimen de Alessandri los encontró en mala postura ante su sucesor. Pero como la fortuna retorna siempre para todos su caprichosa rueda, he aquí que de nuevo suena la hora de usufructuar de sus antiguas gangas a aquellos mismos políticos fraudulentos, mercachifles del vocabulario democrático, que, después de prolongada cesantía, vuelven a apesatar con su aliento el conturbado ambiente chileno.

Se ha desencadenado así el espectáculo más repugnante que ha visto nuestra generación.

La tiranía militar con su procedimiento medioeval de extorsión gubernativa, había logrado meter en un puño no sólo a las fuerzas abiertamente revolucionarias, haciendo desaparecer a sus dirigentes y persiguiendo sus organismos, sino también a los primates del régimen anterior, sociólogos de Clubs, terratenientes rabulosos, chantagistas y periodistas. El ambiente de ergástula en que se confundían los unos y los otros, las fuerzas reaccionarias como las de avan-

zada, había cargado el paisaje nacional de un anhelo común de libertad mínima, que crecía haciéndose más y más compacto, a medida que pasaba el tiempo. La aspiración general nivelaba confusamente estos elementos en los procesos sediciosos, en las prisiones y en el destierro. Entonces los postulados que combaten el militarismo como principio, que piden una intervención más directa, de todas las fuerzas sociales en el manejo del Estado dejaron de ser doctrina peligrosa para adquirir de pronto, una interpretación más grata a las víctimas del rodaje armado, que encontraban en estos credos de reserva la legitimación de sus derechos conculcados.

La nación entera cansada de tanto abuso y violencia, hacia suyas las predicciones de los subversivos—tan abundantemente verificadas—sobre los regímenes de facto y desconfiaba de la eficacia política de un parlamento desprestigiado como institución, para coincidir en todo su sentir con la posición revolucionaria de las agrupaciones de izquierda.

Y en este clima ideológico que por contraposición con un régimen de violencia, domina al país, aquellos que siempre estuvieron a la moda en la profesión de sus ideas, han aparecido ahora, de un día para otro, como viejos discípulos de Carl Marx—por línea directa e indirecta. Varias clases de socialismos, comunistas de todos los pelos, Ligas, Centros y periódicos han emprendido entonces la marathón libertaria más desafortada de que hay memoria: denuncios, sensacionalismo, próceres de pega, la pecha en suma, por colocarse bien en la mesa del que manda.

Clericales disfrazados con extravagantes vestiduras insurgentes, radicales tonantes de barricada, liberales jacobinos se debelan entre sí, se calumnian y se procesan. Nunca había presenciado la nación mayor tumulto de instintos desatados, mayor insidia en el comportamiento público, una falta más grande de moral personal y colectiva. La dictadura puede anotarse a su haber la realización de este desastre que muestra en su completa desnudez un país históricamente informe, abandonado a su suerte. Ella ha puesto de manifiesto la inutilidad de una oligarquía sin principios que después de un siglo de gobierno, muestra un país con el espíritu social de la edad de piedra, con una moral de orangutanes, extraña absolutamente a sus propios problemas.

No creemos que esta sea la hora de volver a instaurar viejas combinaciones sistemáticas. Demasiado visibles están las etapas convulsivas, que ha ido marcando en su despeñadero, la vida nacional; la ruina económica en que nos debatimos, tanto como la crisis moral que nos aqueja, hace necesario un ajuste completo del cuerpo colectivo en el cual se examine la razón biológica de sus partes de acuerdo con su función. Debido a la caída de un gobierno, vivimos en un mundo trastocado en cuya incierta atmósfera, los valores, los hombres, las ideas bailan de pronto la más endemoniada zarabanda. Debido a su derrumbe ha perdido su centro de atracción toda la maquinaria social, sostenida solo en este punto, el más vulnerable y vencible de su estructura. Para vertebrar su vida creemos que el país tiene problemas propios que resolver de mayor cuantía que todo eso.

Para ello, los productores deben cohesionar sus gremios, fortalecer sus agrupaciones, asumiendo en la realidad social, el rol que de hecho les corresponde.

A la realización de estos propósitos sumaremos siempre nuestra labor.

# Actualidades Universitarias

## El fracaso de un decenio.

Escribimos frente a acontecimientos que, tras de haberse precipitado, parecen estancarse en estos últimos días, en una especie de laxitud; calma engañosa, en la que se están gestando nuevas series de hechos más importantes y vertiginosos.

De todos modos, creemos que no estará de más un breve análisis de lo sucedido y de la actuación que cupo a la juventud universitaria sobre todo, en los problemas que directamente le atañen; para tratar de discernir en el futuro cuáles serán sus actitudes, ya que, desgraciadamente, podemos adelantar que, a menos de un milagro, no serán las que en justicia le correspondería tener.

En el movimiento que dió por consecuencia el derrumbe de un mandatario y la aparente caída de un régimen, se ha convenido en reconocer un papel descollante a la masa estudiantil. Tanto es así que—caso nunca visto en la vida universitaria chilena—los estudiantes, que sólo palos y expulsiones habían recibido en todos los regímenes, entregaron oficialmente la Universidad a un Ministro y a un Rector que apareció como nombrado por ellos.

Nunca, durante las largas y duras luchas escalonadas a lo largo del decenio 1920-30, en pro de la reforma educacional, pudieron esperar los estudiantes instante más decisivo ni victoria más definitiva en apariencia. Pero el instante en que lógicamente habrían debido culminar los movimientos de los años 22, 24 y 26, sirvió sólo para demostrar que el triunfo coincidía con la máxima desorientación del estudiantado en todos los sectores del espíritu.

Por eso el discurso del Presidente de la Constituyente, discurso pobre de espíritu y de ideas, fué la manifestación adecuada de la actual ideología estudiantil. No se definió en él la actitud que correspondería en adelante al estudiantado, frente a los grandes problemas sociales y nacionales, ni el derecho a participación en la elaboración de la reforma educacional tan fatigosamente ganado. Los universitarios, por boca de su representante, pidieron escuetamente **no el derecho a la calificación del profesorado, sino la concesión de poder expulsar a los actuales profesores que no les gustaran**, dejando en manos de las autoridades la faena de reemplazarlos en definitiva; y el derecho a faltar a clase por medio de la supresión de listas. Nada más.

De este modo, sin ni siquiera pensar que la primera petición incidental se relacionaba con dos puntos importantes de la reforma: derecho a calificación y docencia libre, se malograron tranquilamente todos los esfuerzos del decenio 1920-30, por cuanto los hechos han demostrado que en la cuestión esencial—reforma de la enseñanza—los estudiantes han quedado definitivamente de lado, ya que será difícil que en el futuro vuelva a presentarse otra vez una tan propicia ocasión.

## La situación del estudiantado.

Los estudiantes han quedado de lado, hemos dicho. Ojalá. Los estudiantes sufrieron las consecuencias de las peticiones mal hechas y cargaron, como recompensa de sus servicios, con la parte más odiosa: la lista de cargos contra profesores que, salvo dos o tres de los peores, habrían debido ser eliminados con la creación de varios cursos paralelos a los suyos. Contentados en parte en el

aspecto negativo, no fueron por lo general escuchados cuando insinuaron el nombre de los posibles reemplazantes. ¿Por qué? No con mala intención. Existe sin duda el ánimo de dejarlos contentos por ahora. Pero se quiso sentar el precedente que lo sucedido en estos días extraordinarios no volverá a repetirse y que la concesión de hoy no implica en ningún modo un derecho para mañana.

Como tratamos de hacer un análisis desapasionado y no una lista de agravios, llamamos en apoyo de nuestra afirmación la propia declaración de don Pedro León Loyola, en la sesión general presidida por él. Según ella, pesa sobre el Rector la responsabilidad de la eficiencia del cuerpo docente; por tanto, le compite su nombramiento. Y nadie le hizo notar que esa actitud era igual a la de todos los Rectores y a la de todas las autoridades habidas hasta hoy, que siempre cargaron con responsabilidades y nombramientos. De lo que se trataba era de la introducción de un elemento nuevo, el alumnado, en la forma del nombramiento; elemento que traía como consecuencia la transformación de la función magistral que adquiriría una nueva conciencia más precisa y cotidiana de su invocada responsabilidad.

## La Constituyente de la Federación.

Del daño sufrido cabría hacer responsable a la llamada Constituyente de la Federación de Estudiantes, compuesta por delegados con instrucciones taxativas, que se extralimitó en sus funciones, a pesar o tal vez a causa de la incompetencia de la mayoría de sus miembros. La Constituyente, en efecto, elegida antes de la agitación y sólo para echar las bases materiales de la Federación, cargó sobre sus hombros la responsabilidad de aceptar, a nombre del estudiantado, sin consultarle, al actual Rector. Si éste ha resultado después efectivamente popular, ha sido por una pura casualidad, que bien pudo no ser. Se atribuyó también, con el mismo ánimo ligero con que ha confeccionado un par de Estatutos, la representación del alumnado en los momentos cuya importancia decisiva acabamos de bosquejar, sin tener la menor noción de lo que hacía. A ella sola podría hacérsela directa responsable de la ocasión perdida tan tontamente, si otras reflexiones no nos hicieran presente la parte de injusticia que habría en ello.

En efecto, el papel que le cupo **fué el de ser tan desorganizada y desorientada como la masa estudiantil que representaba**. En las posteriores reuniones por cursos y por escuelas no tenemos noticia de ningún acuerdo colectivo encaminado a establecer un solo principio—ni aún uno de aquellos cuatro tan famosos que esgrimen, uno por pata, todos los tocados de "reformismo" educacional.—La masa del alumnado se ha mantenido inerte y las solas disensiones que se han producido han sido las surgidas entre un caudillaje y otro.

Y sin embargo, ahora más que nunca, sería necesaria la existencia de un núcleo homogéneo y orientador. La máscara política con la que se pretende cubrir los últimos sucesos nacionales, es demasiado grotesca e insuficiente para disfrazar su carácter profundamente económico. Ellos no son más que las primeras escaramuzas de las grandes luchas sociales que se aproximan y deberían haber sido obra de grupos preparados en las disciplinas económicas. No ha sido

así y la experiencia de siete años parece haber resultado inútil.

No creemos que la incipiente Federación pueda servir para el caso, por cuanto nunca una masa de desorientados, por el hecho de elegir Presidente y Directores, pudo adquirir una orientación que es sólo fruto del estudio y de la disciplina interna de cada cual. Lo que sí pasará es que esta incipiente e insipiente Federación será presa del grupo más hábil y más audaz, si bien no se lanzará a opinar sobre toda clase de asuntos, según el humor y el talento del orador de turno.

Los centros de estudio, sobre todo de estudios económicos, cuando no puramente marxistas, que se multiplican, están llamados a mejor porvenir que el mastodonte en formación. Estos pequeños núcleos tendrán siquiera el mérito de llevar la lucha a su verdadero campo. Profundamente convencidos de la eficacia práctica y de la discutibilidad teórica del sistema marxista—tal vez en otra ocasión tratemos de esto—subrayamos, sin embargo, esta actitud como una tendencia a la sinceridad que, aun cuando habrá de dividir la masa estudiantil, tendrá la incalculable ventaja de bonificar el pantano actual de tendencias inconexas y confusas. Al suprimir también las ambiciones personales, puede ser que terminen las manifestaciones cavernarias que amenizaron la última reunión de la horda en el Salón de Honor.

## El peligro inminente.

El resultado es desconsolador: por el momento, la Universidad, lejos de haber sido invadida por el espíritu nuevo que preconizaba el Presidente de la Constituyente, sigue siendo la misma Universidad de antes, con un poco de más desorden. Y hasta es dudoso que se vean cumplidos los altos y únicos ideales de los estudiantes, de poder faltar a clase sin que le apunten inasistencia.

Los amantes de una reforma demasiado radical deben, sin embargo, andarse con cuidado. Don Pedro León Loyola tiene una peligrosa propensión a renunciar, y lo hace con la misma facilidad con que explica un capítulo de Malapert. Y esto es grave, por cuanto el Rector es la única garantía de los muchachos contra los pobres y perseguidos profesores del año 26 y 27, que fueron pródigos en expulsiones e inauguraron la época de las cargas de caballería. Estos caballeros que cantan loas a los estudiantes que sometieron al régimen de espionaje y tiranía, y llenan de oprobios a los carabineros, de los que se sirvieron con tanto éxito y que deseaban tener en sus clases como alumnos preferidos, olvidan haber declarado que los muchachos reunidos son vándalos y que los carabineros y los palos una bella invención.

Los señores Merino Esquivel, Amunátegui, Alessandri y otros han mostrado ya la oreja y el rabo en sus declaraciones de amor a la Universidad. Pobre Universidad. Convertida en un centro de chismes e intrigas, con una red de soplones que habría envidiado Ventura Maturana y con Luis Merino Director del Pedagógico, se vió convertida, tras de haber sido durante cuatro meses del año 26 cuartel de carabineros, en el puntal más firme del Gobierno Ibáñez, que acometió una llamada reforma educacional que todo el país pedía a gritos.

Impedir que el ambiente, medianamente clarificado de ahora, vuelva a enturbiarse con los "perseguidores de entonces y perseguidos de ahora": ese es el peligro que hay que atajar.

I. de Br.

## Los maestros y su organización

### Consideraciones primeras

Nunca más interesante que ahora la perspectiva del momento social chileno. Y no me refiero con esto a la algazara y trajines que han sucedido a la caída del dictador Ibáñez y sus secuaces civiles y militares, ni tampoco a los acommodamientos apresurados de los partidos políticos, ni a los pujos electoralistas de los "profesionales". Es el plano de las organizaciones sindicales, de los gremios revolucionarios, de los grupos de izquierda, el que interesa examinar, a objeto de ir espigando experiencias y caminos a seguir. Hay muchas lecciones que recoger del trance vivido desde hace varios años, muchos errores que reconocer y, sobre todo, un gran movimiento que restaurar y que la tiranía osó detener a punta de persecución y fuego.

El dictador Ibáñez y su camarilla, no sólo dejaron mal parada la arquitectura político-burocrática de nuestra burguesía, sino que barrieron con todos los sindicatos obreros e instituciones revolucionarias o simplemente renovadora. Entre éstas se contaba la organización de los maestros primarios que, no obstante su patente reformista, tuvo actuaciones francamente transformadoras.

La "revolución" del año 24—hecha por la juventud idealista del Ejército, la Armada, los Carabineros y la Aviación, al decir de los adulones de entonces, casi los mismos de ahora—fué peloteada por Ibáñez y comparsa para convertirla en dictadura de latrocinio y persecución, llegando a hacer del país una ladera sórdida y lamentable. Los que más pellejerías y amarguras sufrieron, han sido—como siempre—los trabajadores y las clases semiproletarias; por eso será talvez que son las que menos alardes han hecho de su vía crucis y de su fe libertaria en la hora de la restauración. Demasiado saben que la revolución aún no ha comenzado para ellos y que es necesario aprestarse para iniciarla sin pérdida de ocasiones. La vocinglería patriotería es asunto de vocación burguesa y no cuadra con los obreros. Por eso es interesante y promisor el momento, porque hay mucho surco que descubrir y bastante broza que rebanar. Estamos en un recodo de recuento y examen, pero también en el punto de partida de una nueva etapa reivindicatoria. La posición de las organizaciones trabajadoras es, por esto, distinta de la de las otras clases sociales; mientras para éstas las libertades no tienen más finalidad que la de continuar usufructuando del poder y de los gajes del capitalismo, para aquéllas constituyen una condición de vida social que les permita seguir luchando por la transformación del régimen capitalista y por la constitución de la fuerza que labore esa transformación. Sin embargo, no quiere decir esto que se abandone la defensa de las libertades; precisamente estamos aún en el colapso, en que la reacción militarista puede volver a asomar su voracidad. Recién salidos del barro dictatorial, pesa sobre todos la obligación de cortar todo intento reaccionario, de cualquier lado que venga. El militarismo tiene en Chile todos los contornos de casta y ambiente sociales; más aún, es una fuerza orgullosa a la que hay que reducir. Es este el problema capital de la hora presente y a ello debemos sumarnos. Ya tendremos ocasión de defender la libertad de manos de los que ahora viven atragantados con

ella. Los maestros tienen, pues, una labor concreta al respecto, que, en cuanto a los obreros, tienen un constante y robusto ejercicio en estos asuntos.

### Después de la "Noche Triste"

Entre las organizaciones que alguna huella hicieron en el movimiento social chileno, está la de los maestros de escuela, cuya suerte—al igual que los obreros—fué pasto del carabinero, del soplón y del pistolero de la Sección de Seguridad. El manazo dado sobre la Asociación de Profesores—el tercero y más recio—no logró, sin embargo, voltearla definitivamente, pues apenas aventada la dictadura se ha rehecho entusiastamente en provincias, y tenemos la seguridad de que luego surgirá también en Santiago, donde la superchería y el alambique dialéctico, de un lado, y un cierto miedo inconfesado, de otro, la han trasnochado un poco.

La organización de maestros asoma a la lucha esta vez en un momento lleno de solicitudes encontradas: un repunte de politicismo partidista, desde el amarillo al rojo, pintorescamente salpicado ahora de una serie de partidos socialistas que ofrecen la felicidad al proletariado; gremios de "profesionales", que se han organizado y reunido con un propósito meramente electoral y sin un mísero plan social a desarrollar siquiera; organizaciones obreras que aún no toman su anterior cauce reivindicatorio; una burguesía burócrata y estudiantil que se han entrenado vociferando contra el comunismo para justificar sus futuros desmanes contra el proletariado, al igual que lo hiciera el Gobierno anterior.

No obstante, los maestros llegan con nuevos conocimientos, con un bagaje de lecciones y experiencias que les serán preciosas en las luchas que les aguardan, con una juventud que aparece decidida a reentonar la organización y su contenido ideológico, y, sobre todo—es de esperarlo—con el mismo propósito de formar una sola fuerza con los trabajadores manuales para la defensa y la conquista, en lo económico y en la cultura. De modo, pues, que es serio y preñado el rol que deben jugar en las contiendas vecinas. De ahí que hay que revisar, reajustar y ubicarse a conciencia en el proceso social nuestro.

### Los problemas

Tanto económicamente como en los demás órdenes de la vida, los problemas del magisterio han vuelto al mismo—o peor—estado calamitoso que tenían cuando empezaron las peleas de reivindicación. Su promedio de recursos es miserable; con sueldos infinitesimales, que más lo desesperan que alivian; acosado

por compromisos y obligaciones domésticas; con una montaña de gabelas escolares, y, por encima de todo, el ojo desdenoso de cuanto bicho tiene que relacionarse con él, sea para endeudarlo, sea para urgirlo en sus deberes profesionales. Ha habido, pues, un retrogradamiento a su antigua condición de bestia de carga; aunque ahora son muchos los que reconocen, de soslayo siquiera, su preparación, su bien "inspirado propósito" y una tradición de altivez. "Al fin y al cabo, estos maestros tienen una cosa concreta que defender y por ella se desviven", decía un señor encumbrado una vez, a modo de concesión paternal.

De manera que todos los problemas, sociales y culturales, reclaman de nuevo su intervención: su situación económica, su intervención en los organismos directivos, la defensa de las conquistas y derechos, inclusive la huelga, la reforma escolar cristalizada en la legislación decretada por la dictadura y aventada también por ella misma cuando vió que no era el instrumento que necesitaba el tirano y su camarilla.

### Los medios

La vida de relación tiene dos maneras de manifestarse: acciones directas e indirectas. Uno de los modos directos es el de partidos políticos y sus concomitantes. Los trabajadores saben demasiado el valor que tiene para ellos esta acción, y, por el contrario, saben además que todas las conquistas alcanzadas por ellos se la deben a la fuerza de su organización, a la presión de su poderío, a la acción directa. Los maestros chilenos tienen también experiencias a este respecto. La Asociación de Profesores actuó revolucionariamente, y la única época en que los maestros han sido considerados y hasta respetados, fué cuando esa institución estuvo en su período de mayor cohesión y hombría. Las concesiones dadas poco a poco por el Gobierno, fueron producto de sus campañas y de su presión constante; cada asunto resuelto favorablemente al magisterio llegaba detrás de la destitución o el apresamiento de algunos maestros. Sólo la dictadura con su armatoste de represión pudo abatirla, después que aquélla la desafió con una reforma escolar incompatible con el régimen de opresión a que se llevó al país; error colectivo, según algunos; osadía de ilusos, según otros; pero en todo caso fuente de experiencias y lecciones que no sólo los maestros, sino los demás gremios deben recoger con espíritu sereno y propósito de examen. Creemos que todo esto hará más abroquelados para la lucha a los maestros.

Estos ligeros comentarios no tienen otra pretensión que llamar la atención del magisterio hacia la labor que se les presenta y ponerlo alerta a las solicitudes interesadas de tantos apetitosos del poder gubernamental.

DANIEL BAEZA.

## LOS PRIMEROS DICTADORES

I  
¿Cuántos años hemos vivido bajo la dictadura? Puesto que la dictadura terminó — ¿verdad? — parecerá ocioso hacer semejante pregunta. Lo parecerá si creemos que la dictadura fué un fenómeno fortuito de generación espontánea, sin otras responsabilidades que las que pueden gravitar sobre la cabeza pueril e insana de un dictador. Pero, si al con-

trario, nos percatamos de que es absurdo cargar entera una dictadura a la cuenta de un dictador, de que una dictadura sólo puede sobrevenir suscitada por un estado de pública descomposición, ya no parecerá ociosa la pregunta. Luego veremos que ella se eslabona con otras interrogaciones más decisivas: la de por qué vino la dictadura y la de cómo vino. Tiende ahora a convertirse en cosa

resuelta que la dictadura comenzó con la Presidencia del general Ibáñez. Bien pocas conclusiones obtendríamos si admitiésemos tal creencia. Pero, como hay unos hechos que nos impedirán equivocarnos, tenemos que rechazarla. Sabemos que Ibáñez se encaramó a la Presidencia cuando ya vivíamos en medio de la dictadura. Fué ésta el único poder que lo exaltó, y la exaltación de Ibáñez no fué más que un hecho accesorio dentro del fenómeno general de la dictadura. Quiero decir que Ibáñez, personalmente, jugó un papel subalterno en la determinación global de los acontecimientos. Sin Ibáñez, siempre habría surgido el dictador. Lo cual es tan cierto que cualquiera persona de alguna memoria podría señalar los nombres de otros jefes militares entonces deseosos de encarnar la dictadura.

Si aceptamos que la dictadura existía cuando Ibáñez comenzó a realizar sus maniobras para apoderarse de la Presidencia, lo más cómodo será que, retrocediendo desde el 23 de Enero de 1925, localicemos su advenimiento en la fecha de la primera sublevación militar, es decir, en Septiembre de 1924. Con esto acabaríamos nuestra indagación sin más que comprobar los fines ostensibles claros e inmediatos de la revuelta: el rechazo de las fuerzas armadas contra la famosa dieta que se asignaban a sí mismos los parlamentarios, y la amenaza de esas mismas fuerzas con el objeto de obtener sin dilación una mejora de sus sueldos. Para mí no hay duda de que estos fueron los resortes que dispararon la acción del Ejército. Se reducían a una cuestión de envidia de clases, como vamos a comprobar en seguida, y a la exigencia de mayores sueldos, ni más ni menos que cuando los obreros, naufragos en la insalvable miseria, plantean una huelga por salarios. Con la diferencia de que la clase militar se hallaba muy lejos de la estrechez económica, y que había sido armada, instruída y enaltecida por la nación y le estaba vedada semejante actitud contra ella no sólo en virtud de sus juramentos, sino por la más elemental decencia.

Tales fueron los resortes, digo, que dispararon la acción de la clase militar. Si hubiese resistencia para aceptarlo, me lo explicaría perfectamente. Aquellos motivos resultan demasiado pequeños y muy de esfera secundaria para conducir a efectos de gran volumen. Sin necesidad de analizarlos mucho, ni averiguar por qué había de esperarse de los militares una disposición que trascendiera de sus simples intereses de clase, podemos apreciarlos exactamente de una manera sencilla. Nada más que observando su comprobación en la labor misma desarrollada desde su pronunciamiento por los propios militares. Desde Septiembre

de 1924 hasta Julio de 1931, el Poder Público, ostensible o encubiertamente manejado por los militares, sólo en dos cosas ha mantenido una línea continua, sin retrocesos ni contradicciones: el aumento constante de sus rentas a costa del Estado y el vejámen de los políticos y de cuantos tuviesen como los intelectuales, alguna aptitud de juicio político. Claro está que no puede oponerse a esto el caso de pseudo intelectuales, como los redactores de "La Nación", ni el de ciertos políticos que se pusieron al servicio de la dictadura, pero que fueron pronto barridos por ella. De todas maneras, es notorio que, tanto los intelectuales para todo servicio albergados en "La Nación", como los políticos que se prestaron a cooperar con el régimen, alcanzaron sus deleznales beneficios sólo a costa de herir y empuqueñecer a sus colegas libres. Véase, por ejemplo, la obra profundamente anti-liberal de José Maza, desahogado legislador por decretos-leyes y la labor de franco y solapado relajamiento de la literatura nacional independiente realizada en "La Nación" por Hugo Silva, Anibal Jara, Hernán Díaz Arrieta (Alone) y otros secuaces de la misma indigencia cultural y ética.

Estas son las dos únicas líneas que la dictadura militar mantuvo regularmente desde su comienzo hasta su fin. Esta fidelidad a dos objetivos bien puede tomarse como verificación de los dos resortes que dispararon el primer pronunciamiento de las fuerzas armadas. Todo lo interrumpió y lo rectificó y a la postre lo abandonó la dictadura; todo menos esas dos faenas.

Pero aquellos resortes, para desatar un movimiento como el que hemos presenciado, hubieran sido insuficientes por sí mismos. Las fuerzas más importantes y esenciales que lo hicieron posible, lo articularon y estimularon, fueron completamente distintas. Encontramos, pues, que la situación originada por el pronunciamiento militar de Septiembre de 1924 tiene sus raíces más atrás todavía. Si nos permitimos por anticipado una mirada rápida de los años anteriores, veremos que ni siquiera la dictadura es nueva. Desde el punto de vista de los hechos, había venido presentándose con muy breves intermitencias. Desde el punto de vista jurídico, los últimos Gobiernos habían sido meras dictaduras, porque la trasgresión constitucional, aunque no sea constante, da ese carácter a cualquier Gobierno. Todos ellos se salieron de la Constitución, desenfadadamente, al menor apuro.

¿Cuál era entonces la novedad que traía el pronunciamiento de Septiembre? Nada más que un cambio de signo de la dictadura.

Rafael Cabrera Méndez.

## Homenaje a la sangre vertida

Charlábamos sobre los últimos acontecimientos, y mi amigo se mostraba pesimista. No lograba entusiasmarse. Parecía haber vivido estos días de tremenda agitación en mundos de otros sueños y otras realidades.

—Después de todo, las cosas quedarán tal como antes—me decía.—Caeremos una vez más en el feroz individualismo; cada cual se interesará en sí y en los suyos; los hombres seguirán tradicionalistas, prejuiciosos, y la gazmoñería, reina de los mediocres, adquirirá nuevamente sus derechos.

Me separé de mi amigo con el vago

presentimiento de que "quizás tuviese razón". Hay valores que son superiores a la inteligencia de los hombres, no basta entenderlos, es preciso llegar a sentirlos como una realidad, que lleguen a constituir la meta visionaria de la espiritualidad humana.

Sólo la juventud, esa fuerza incesante, eterna renovadora de valores, es capaz de hacer suyos los inaccesibles al corazón de los hombres experimentados, de los insinceros. Y aún la juventud, en el caso que relato, se ha mostrado orgullosa, mezquina y tradicional.

¿Que fueron de mejor cuna? ¿que

acaso tocó la dicha de que tuvieran un hermoso y significativo apellido? ¿que sobresalían de entre los demás por tener una mejor situación social? Nada de esto justifica el halago de que se les hace merecedores.

Seamos justos y humanos en el calificativo, "han sido víctimas de la desvergonzada actitud de los tiranuelos".

Víctimas han sido estudiantes, obreros y niños. La muerte exalta, indudablemente. Encoleriza, violenta o enrabia. En otros corazones gesta la compasión o la piedad hacia los victimarios. La muerte exige venganza o recompensa. El tiempo mata las pasiones en el corazón de los hombres. Es esto lo que va sucediendo. Este jugo milagroso y vivificante de la sangre vertida, se anemiza cada día más a los ojos de los mortales. Hoy nos contentaremos con un homenaje simpático, elegante y burocrático. Elegimos la víctima mejor reputada para hacer de ella el "héroe representativo de la jornada". Desgraciadamente, no es él solo. Junto al estudiante valiente, de clara inteligencia, de corazón generoso, ha caído también el obrero pobre, menesteroso y honrado, también el inocente y el indiferente a quien nada logra inquietarlo, y tras de sí todos han dejado corazones acongojados que hoy lloran lágrimas vivificadoras, por la pérdida de los suyos.

Todos sentían el hielo que amenazaba petrificar sus corazones, se sentían robados de lo mismo, defendían lo mismo en la medida de su comprensión y necesidad. El estudiante defendía sus ideales, sus libertades, todo aquello que le permitía hacer más humana la vida de los hombres. El obrero defendía sus derechos materiales, lo que a él le interesa, defendía su pan, su hogar, en síntesis, una condición de existencia más humana. Un mismo ideal los guiaba al sacrificar sus vidas. Elegir de entre tantas víctimas una que sea el "héroe representativo", por valederas que sean sus cualidades, es injusto, ahondará el resentimiento en el corazón de las almas condolidas, y lo que es más aún, nos alejamos fundamentalmente del espíritu generoso que por todos supo sacrificarse y que hoy, seguro estoy, no querrá acaparar el mérito que a todos corresponde. Respetemos su corazón generoso.

Erijámoslo en nombre de las víctimas caídas en la revolución, que sea el homenaje a la sangre heroicamente vertida. Sólo así las víctimas de hoy podrán ser el estímulo para las del futuro. No contemplemos al estudiante inteligente, al hombre valeroso y simpático por sus recuerdos, al amigo; contemplemos en él a las víctimas todas que supieron vivir muriendo y eternizándose en el corazón de los demás, y así, cuando la fuerza, la ignominia o la corrupción pretenda hacernos sus víctimas, sepamos decir altamente: "Arriba los muertos". Que así como esta noche oscura que vivimos ha salido de esta horrenda tiranía, así también que salga la luz de las tumbas.

Es preciso reconocerlo de una vez por todas y para siempre: si la cohesión atómica quiere el contacto entre los átomos, así también, para que alguna vez veamos realizada la cohesión de la humanidad toda, es preciso el contacto de los corazones humanos.

Dr. Vila.

"CLARIDAD"

Nuestro periódico continuará apareciendo los Sábados.

Toda correspondencia de Redacción y Administración, dirijase a "Claridad", Casilla 3323, Santiago.